
LOS INTELLECTUALES ESPAÑOLES Y LA GUERRA DEL RIF (1909-1927) ¹

THE SPANISH INTELLECTUALS AND THE RIF WAR (1909-1927)

Alfonso Iglesias Amorín, Universidade de Santiago de Compostela, España.

E-mail: alfonsoamorin@yahoo.es

Resumen: Las campañas que el Ejército español libró contra las cabilas de Marruecos entre 1909 y 1927 condicionaron de forma decisiva la política y el debate público en la España de esos años. Es por ello que los principales intelectuales de entonces difícilmente pudieron abstraerse de participar en un debate en el que la opinión pública esperaba que se posicionasen. Sus valoraciones eran a menudo seguidas por aquellos que los tenían como referentes y criticadas por los que defendían posturas contrarias, pero su prestigio social hacía que no pasasen desapercibidas.

Palabras clave: Guerras de Marruecos, Guerra del Rif, intelectualidad, opinión pública.

Abstract: The campaigns fought by the Spanish army against the Kabyles of Morocco between 1909 and 1927 decisively conditioned the political and public debate in Spain in those years. That is why the leading intellectuals of that time could hardly avoid participating in a debate in which public opinion was expecting their views. Their evaluations were often followed by those who had them as references and criticized by those defending opposing positions, but never went unnoticed thanks to their social prestige.

Keywords: Moroccan War, Rif War, intellectuals, public opinion.

¹ Recibido: 30/04/2014 Aceptado: 25/05/2014 Publicado: 15/06/2014

1. INTRODUCCIÓN

La España del primer tercio del siglo XX resulta difícil de analizar sin tener en cuenta la larga guerra que libró su Ejército contra las cabilas del área norte de Marruecos, asignada a España como área de influencia en virtud del acuerdo franco-británico de 1904, y en la que ejerció un *protectorado* efectivo desde 1912².

El conflicto removió la sociedad española desde sus cimientos, pues su coste humano y económico fue elevadísimo. Lo que se vino a conocer como “el problema de Marruecos” se convirtió en una de las principales preocupaciones del país. Dos fechas resultan especialmente significativas en este proceso: 1909, año en que el envío de reservistas a la guerra desencadenó la Semana Trágica en Barcelona y tuvo lugar el conocido como desastre del Barranco del Lobo; y 1921, cuando se desmoronó todo el despliegue español en la zona oriental de su Protectorado, en una catástrofe con alrededor de 10.000 muertos que supuso un golpe casi definitivo para el régimen de la Restauración, y que ha pasado a la historia como el desastre de Annual³.

La relevancia del “problema de Marruecos” le convirtió en un elemento central del debate público español. Como tal, fueron muchos los intelectuales de su tiempo que se acercaron a él para valorarlo y tratar de influir en la opinión pública con unas determinadas ideas. Las opiniones de los intelectuales de más prestigio, que en buena medida eran los escritores más famosos⁴, con frecuencia llevaban a más debates y análisis, siendo muchas veces tratadas con más seriedad que las ideas ofrecidas por los políticos profesionales⁵. Muchos de los intelectuales que prestaron una especial atención

² El territorio asignado a España se limitaba a una pequeña franja próxima a la costa, con escasos recursos y apenas el 5% de la población marroquí, pues el resto del Sultanato de Marruecos correspondió a Francia. Respecto a la guerra, dentro de la etapa 1909-1927 se podrían distinguir diferentes fases, incluyendo algunos momentos de relativa calma, pero la acotación resulta conveniente por el estado de guerra casi constante que se vive entre ambas fechas. Por otro lado, la denominación de “Guerra del Rif” es la más operativa, aún cuando varios de los conflictos acaecidos no tuvieron lugar en esa región, sino en otras como Yebala.

³ Aunque las cifras oscilan, la mayoría de autores las sitúan entre los 8.000 y 12.000 muertos de los que habla BALFOUR, Sebastian, (2002): *Abrazo mortal: De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península, p. 146. En comparación, los cerca de 200 muertos del Barranco del Lobo palidecen al lado de la que fue la mayor derrota sufrida por una potencia colonial en territorio africano.

⁴ En la época, ambos conceptos estaban en estrecha relación. Andréé Bachoud señala que los vocablos “escritor” e “intelectual” fueron casi equivalentes en todos los textos de la época, porque el escritor español en esos años “asume la doble función de productor de literatura y de testigo comprometido de su tiempo”: BACHOUD, Andréé, (1988) *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa, p. 338.

⁵ OUIMETTE, Víctor, (1998) *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo (1923-1936)*, Valencia, Pre-Textos, 1998, p. 5.

a las campañas de Marruecos estaban directamente vinculados a la política. Son buenos ejemplos dos de los más reconocidos escritores de la época: Benito Pérez Galdós y Jacinto Benavente, ligados al Partido Republicano y al Partido Conservador respectivamente. Para los partidos políticos eran muy importantes por el prestigio que se derivaba de su apoyo, por eso trataron de atraerse intelectuales que defendiesen sus posturas, y por eso los principales intelectuales de la época solían estar vinculados a uno u otro partido político.

Resulta complicado conocer qué intelectuales eran los que tenían una mayor influencia sobre la opinión pública, y se ha tendido a estudiar fundamentalmente a los escritores con mayor peso en la tradición literaria. En este artículo seleccionamos algunos de los más significativos, tanto por su repercusión posterior como por el prestigio del que gozaban en su momento, para ofrecer una visión general sobre el papel que desempeñaron en relación con la guerra.

La fuente fundamental para acercarse a este tema es la prensa periódica, que nos ofrece una imagen muy clara del prestigio de los intelectuales y de lo influyente que su opinión resultaba. No solo los periódicos en los que colaboraban incluían sus artículos, sino que el resto de la prensa reproducía estas opiniones, incrementando su alcance y, con frecuencia, añadiendo valoraciones que resultan de gran utilidad para conocer cómo eran acogidas desde las diferentes ideologías.

2. LOS PRECEDENTES DECIMONÓNICOS. JOAQUÍN COSTA Y EL AFRICANISMO ESPAÑOL

Desde que la popular Guerra de África de 1859-1860 generó un desconocido interés en España por los asuntos de Marruecos, múltiples estudiosos y escritores trataron sobre ellos, hasta el punto de que se habla de una corriente africanista en la segunda mitad del XIX⁶. Entre los intelectuales de esta etapa que más destacaron por su atención a Marruecos brilló con luz propia Joaquín Costa. La principal figura del Regeneracionismo vio al otro lado del Estrecho un lugar en el que España estaba llamada a ejercer una labor de cooperación que defendió con vehemencia. Costa insistió

⁶ El término africanismo se empleó en la España de la segunda mitad del XIX sobre todo para referirse a un grupo de personas e instituciones que reivindicaban que España tenía en el norte de África unos intereses decisivos, por los que se debía luchar a través de una acción decidida en varios ámbitos (comercial, político, cultural, etc.). Vid. MORALES LEZCANO, Víctor, (1988): *Africanismo y orientalismo español en el siglo XIX*, Madrid, UNED, 1988, p. 72.

en el hermanamiento histórico entre españoles y marroquíes, consideró el Estrecho de Gibraltar como una puerta de unión más que una barrera, y afirmó que España debía ayudar al desarrollo de Marruecos a la vez que se beneficiaba de unas relaciones comerciales que podían ser muy fructíferas⁷. No obstante, el mensaje del africanismo no caló en la sociedad española como sus impulsores intentaron, costándole mucho llamar la atención de la opinión pública. El propio Joaquín Costa fue abandonando sus ideas, decepcionado por la falta de acogida y escasa aplicación en la práctica.

Los conflictos militares demostraron ser el único estímulo que realmente hacía que las miradas españolas se dirigiesen con atención a Marruecos: entre la Guerra de África, terminada en 1860, y el punto de inflexión que supuso 1909, el momento en que se prestó una mayor atención al territorio al sur del Estrecho fue la campaña de Melilla de 1893, un conflicto de escasa entidad y pocas bajas pero cuya resolución se dilató durante meses⁸. Con buen criterio, el geógrafo Gonzalo de Reparaz llamaba a aprovechar que el tema marroquí estaba fresco, “porque al mes de haber vuelto a la Península las tropas que están en Melilla, no habrá mucho más de un centenar de españoles que soporte la lectura de dos columnas de cualquier periódico tratando del Rif”⁹. La campaña de 1893 se movió entre una cierta efervescencia de patriotismo militarista y un rechazo a la campaña militar. Este rechazo, sobre todo por su perjuicio para los reservistas y las arcas públicas, registró un alcance limitado, pero marca un precedente de la oposición popular a las guerras coloniales que se consolidó en 1898 con el conflicto cubano y culminó con la gran campaña de oposición a la guerra en Marruecos de 1909.

⁷ También consideraba Costa imprescindible un Marruecos fuerte para que no se hiciese con él otra potencia que no fuese España. Las ideas señaladas están muy bien sintetizadas en su famoso discurso del Teatro Alhambra de Madrid, en marzo de 1884: COSTA, Joaquín, (1884): *Intereses de España en Marruecos*, Madrid, Imprenta de Fortanet, 1884.

⁸ Diferentes fuentes consultadas coinciden en cifrar unas trescientas bajas españolas, de las que más de la mitad serían heridos. Aunque las bajas se concentraron en unos pocos días, las hostilidades comenzaron en octubre de 1893 y no se firmó la paz hasta marzo de 1894. Para un pormenorizado análisis militar de la campaña Vid. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Agustín Ramón, (2008): *La Guerra de Melilla en 1893*, Madrid, Almena, 2008.

⁹ REPARAZ, Gonzalo de, (1893) *Melilla. Peligros-Desaciertos de España. Urgente necesidad de remediarlos. Manera de hacerlo*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1893, p. 3.

3. LA GUERRA DEL BARRANCO DEL LOBO Y MARRUECOS COMO ELEMENTO CLAVE DEL DEBATE PÚBLICO ESPAÑOL

Si en 1893 el conflicto marroquí había sido coyuntural, cayendo en el olvido al poco tiempo, desde 1909 se convirtió en algo estructural, en un elemento central del debate público español que, como tal, iba a concitar la atención de la sociedad, entrando los intelectuales en el debate al respecto con mucha frecuencia. A la derrota en el Rif se sumó el impacto decisivo de la Semana Trágica y la represión posterior, especialmente por la ejecución del pedagogo Francisco Ferrer i Guardia, que fue un duro golpe para la imagen del Gobierno de Antonio Maura y generó protestas tanto dentro como fuera de España.

Bernabé López García ha distinguido entre dos grupos básicos dentro de los intelectuales que trataron el tema: científicos y polemistas. El primero sería el de los expertos en la realidad marroquí, que trataban de profundizar en su conocimiento físico y humano. El segundo, el de los “polemistas”, que pese a un menor conocimiento del tema, daban sus opiniones, sobre todo a través de los periódicos, y fueron los que más pudieron influir en la sociedad, especialmente por el prestigio del que gozaban¹⁰. La hispanista André Bachoud, teniendo en consideración fundamentalmente este último grupo, dividió las posturas de los intelectuales entre las de “los nostálgicos de la gloria y de la conquista”, que soñaban con la resurrección de una antigua e idealizada España; y los que rechazaban esa España “mítica y quijotesca”, exigiendo una autocrítica que desembocase en la consolidación de un Estado moderno¹¹.

A la altura de 1909 Joaquín Costa seguía siendo un poderoso referente intelectual en España, pero por entonces sus valoraciones sobre Marruecos carecían del optimismo mostrado unas décadas atrás. Su posición era claramente a favor del abandono y el rechazo de la guerra:

“Hace 20 años aún era tiempo de pensar en Marruecos; pero me dejaron solo; me hicieron fracasar [...] lo mejor que ahora podríamos hacer es

¹⁰ LÓPEZ GARCÍA, Bernabé (2004): “La ciencia como instrumento de la acción colonial en Marruecos. Contextos y polémicas”. En: Helena de Felipe, Leoncio López Ocón, y Manuela Marín (eds.), *Ángel Cabrera: Ciencia y proyecto colonial en Marruecos*, Madrid, CSIC, p. 20.

¹¹ BACHOUD, André: op. cit., p. 339.

abandonar esa estrecha zona, abrupta y estéril, que jamás compensará a España de la sangre y los tesoros que va a costarle”¹²

Especial repercusión tuvo una carta suya que publicó el 4 de octubre de 1909 el periódico *España Nueva*, en la que mostró su oposición a la campaña del Rif y acusó directamente al presidente, Antonio Maura. Lo consideraba culpable de una guerra costosísima hecha contra la voluntad del país, de imprevisión y de haber abusado del poder, por lo que debía ser juzgado y condenado. El tono de la misiva era muy virulento, llegando a afirmar sobre Maura: “Pues ya está juzgado. Él se ha condenado a sí mismo. En los fosos de Montjuich hace falta gente”¹³. Por ello se abrió un proceso contra Costa, y varios de los periódicos que habían reproducido la carta, como *El Liberal*, *El País*, *El Correo* o *España Nueva* fueron denunciados¹⁴. Este proceso se inscribe dentro de la política censora y represiva del Gobierno de Maura, emprendida sobre todo para minimizar el alcance de las protestas contra la guerra y responder al atentado contra el orden establecido que habían supuesto los sucesos de Barcelona¹⁵.

Joaquín Costa gozaba de una gran reputación, por lo que el impacto de su carta fue notable, sobre todo entre la izquierda y grupos liberales, que eran los que más lo respetaban. Entre los sectores conservadores no se le tenía tanto aprecio, pero aunque sus opiniones se valorasen negativamente eran tenidas en cuenta, lo que demostraba su enorme influencia. Sirva como ejemplo el comentario vertido en el diario carlista *El Siglo Futuro* sobre la referida carta, de la que se decía que contenía “una porción de enormidades expuestas, como siempre, en forma de afirmaciones rotundas, sin un solo razonamiento”¹⁶.

Otro destacado intelectual que en 1909 abogaba por el fin de la guerra y el abandono de Marruecos fue Benito Pérez Galdós, el autor español que más obras vendía entonces y uno de los más influyentes. Galdós rechazaba el patriotismo belicoso que tan perjudicial se había demostrado para el país durante la Guerra de Cuba. En su inspirada novela *Aita Tettauen* (1905) había desmitificado esa *gloria nacional* que era la Guerra

¹² Tomado de GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio, (2002): *Lo moro. Las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*, Barcelona, Anthropos, p. 199.

¹³ “La guerra y el Gobierno. Juicios de Don Joaquín Costa”, *El País*, 5-X-1909, p. 1.

¹⁴ “Sección de noticias”, *El Imparcial*, 8-X-1909, p. 5.

¹⁵ Para un análisis detallado de la Semana Trágica y sus consecuencias Vid. la obra clásica: CONNELLY ULLMAN, Joan, (2009) *La Semana Trágica*, Ediciones B (original de 1968), p. 312.

¹⁶ “Información política”, *El Siglo Futuro*, 5-X-1909, p. 2.

de África¹⁷. Cuatro años más tarde se caracterizó por una oposición a la guerra en Marruecos que quedó claramente expuesta en sus colaboraciones en el diario *El Motín* y su participación en protestas contra el conflicto. En octubre de 1909 calificaba la guerra de Marruecos como una “campana infecunda de vanagloria en las tinieblas”, pedía que toda la nación interviniese para obligar al Gobierno a actuar con buen juicio y poner fin tanto al conflicto de Marruecos como a la censura y represión por motivos ideológicos:

“Unidos todos, encaminemos hacia su término la guerra del Rif, añadiendo al fulgor de las armas la lucidez de los entendimientos en cuanto se relacione con la política internacional [...] Pongamos fin al enjuiciamiento caprichoso, a los destierros y vejámenes, con ultraje a la humanidad y desprecio de los derechos más sagrados. [...] Ya es tiempo de que se acabe tanta degradación, y el infame imperio de la mayor barbarie política que hemos sufrido desde el aborrecido Fernando VII”¹⁸

Galdós apelaba a la unidad de la sociedad con objetivos regeneracionistas y, aunque no se terminaba de sentir un político, tuvo un papel importante dentro del republicanismo español. Pese al respeto que en general se había ganado con su obra, su actitud contra la guerra fue duramente criticada por amplios sectores conservadores, entre los que no era apreciado por su anticlericalismo y convicciones republicanas. Así, por ejemplo, *La Época*, respondiendo a críticas de Galdós al Gobierno de Maura y a la censura establecida por éste después del Barranco del Lobo, señaló que sus dotes para escribir novela histórica fallaban para escribir historia, por lo que los “desbordes de su imaginación” podían hacer mucho daño en el “buen sentido de las gentes”¹⁹.

En un lado contrario al de Costa y Galdós podemos situar a otro prestigioso escritor del momento, Jacinto Benavente, que justificó la guerra y la acción colonialista que llevaba aparejada, algo bastante congruente con el pensamiento conservador que profesaba. Benavente se sitúa claramente en el grupo que Bachoud definió como “nostálgicos de la gloria y de la conquista”, pues no solo sostenía que el porvenir de España estaba en África, como había afirmado Joaquín Costa décadas antes, sino que además se apoyaba en una tradición imperialista que arrancaba en el famoso testamento

¹⁷ PÉREZ GALDÓS, Benito, (1905) *Episodios Nacionales, Serie Cuarta. Aita Tettauen*, Madrid, Obras de Pérez Galdós, 1905.

¹⁸ “Al pueblo español”, *El Motín*, 14-X-1909, p. 1.

¹⁹ “El último episodio de Galdós”, *La Época*, 27-IX-1909, p. 1.

de Isabel la Católica, al que apelaba como una obligación histórica del país²⁰. En su columna en *El Imparcial*, Benavente también hizo apología de las guerras, al afirmar que ayudaban a ilustrar a los pueblos, con ejemplos como las campañas de Napoleón y la difusión de los ideales de la Revolución Francesa; mientras que la paz enmohecía los espíritus. Por eso clamaba a favor de la guerra y en contra de una constante contabilización del número de muertos, que hacía que cualquier triunfo pareciera una derrota²¹. El artículo fue reproducido al día siguiente en *La Correspondencia Militar* “para enseñanza de soñadores y refutación de malignas propagandas pacifistas”²². La fama y prestigio de Benavente, cuyos últimos dramas habían cosechado un arrollador éxito, hacía que sus opiniones fuesen muy apropiadas para la prensa más belicista, que lo usó como un referente intelectual que poder oponer a los críticos con la campaña.

De modo similar al de Benavente, José Martínez Ruiz, “Azorín”, mostró su belicosidad en 1909 a través de algunos artículos periodísticos, como el que firmó en *ABC* en agosto defendiendo la máxima “La fuerza es el derecho; no hay más derecho que la fuerza”. Desde Tucídides a Nietzsche, repasaba la valoración de la fuerza a través de la historia, para concluir que “Estamos en tiempos de guerra, nada hay más alto, más supremo, que la fuerza. Seamos fuertes. Brillen las espadas y retumbe largamente el cañón”²³.

Mientras algunos de los miembros de la generación del 98 prestaron una gran atención en sus escritos a la campaña de Marruecos, otros se mantuvieron bastante al margen en 1909, como fue el caso de Pío Baroja, que conocía Marruecos de primera mano porque pocos años antes había sido enviado como corresponsal de *El Globo* para seguir la rebelión de El Rogu, un pretendiente al trono del Sultán²⁴. Tampoco fue muy prolífico al respecto Miguel de Unamuno, que ya en 1893 se había negado a participar de la oleada nacionalista generada por el ataque de las cabilas, criticando desde el *Eco de Bilbao* a los que defendían la intervención militar y una guerra “con los salvajes como salvajes”²⁵. No obstante, Unamuno estuvo en el centro de una enconada polémica

²⁰ BENAVENTE, Jacinto: “De sobremesa”, *El Imparcial*, 4-X-1909, p. 3. La Reina Isabel, en su testamento, había apelado a “no descuidar la conquista de África”. Durante la Guerra de África de 1859-1860 estas palabras habían cobrado gran actualidad, siendo recuperadas con frecuencia.

²¹ BENAVENTE, Jacinto: “De sobremesa”, *El Imparcial*, 6-IX-1909, p. 2.

²² “La guerra en todo y siempre”, *La Correspondencia Militar*, 7-IX-1909, p. 2.

²³ AZORÍN: “La fuerza”, *ABC*, 3-VIII-1909, pp. 13-14.

²⁴ MARTÍNEZ SALAZAR, Ángel (1997): “Pero no, la guerra no es bonita. Aproximación a la figura del corresponsal de guerra”. En: *Sancho el Sabio: Revista de cultura e investigación vasca*, nº 7, p. 117.

²⁵ PICH I MITJANA, Josep, (2008): *Francesc Pi y Margall y la crisis de Melilla de 1893-94*, Barcelona, Bellaterra, p. 163.

entre intelectuales con repercusiones en el extranjero que se produjo en septiembre de 1909. Aunque de modo indirecto estaba en relación con la Guerra de Marruecos, el motivo principal fue la oleada de protestas que tuvo lugar fuera de España contra la ejecución de Francisco Ferrer i Guardia, que hizo reaparecer los tradicionales argumentos de la *leyenda negra* española. Azorín lanzó desde las páginas de *ABC* una dura diatriba contra estas críticas a España²⁶, que a los pocos días fue respaldada por Miguel de Unamuno en una carta en la que afirmaba la existencia de una campaña de difamación contra España llamaba a “proclamar nuestras superioridades actuales”, al tiempo que cargaba contra “los papanatas que están bajo la fascinación de los europeos”²⁷.

La enconada crítica del escritor bilbaíno a las corrientes de pensamiento europeas causó sorpresa entre buena parte de la intelectualidad española, que reaccionó contra ella. Fue el caso de Ramiro de Maeztu, que se encontraba en Londres. Pidió a Unamuno que no se dejase llevar por la emoción y no pusiese pruebas tan difíciles al respeto que muchos le tenían. En un comentario que reflejaba bastante bien el racismo imperante, le pedía que “pensase frío”, que era como pensaba un europeo, aunque fuese de cuarta, y no un africano, aunque fuese de primera²⁸. Pese a estas declaraciones, Maeztu defendía que la guerra era injusta y que España no tenía derecho a ocupar Marruecos²⁹. También se mostró muy crítico José Ortega y Gasset, que llamó a Unamuno “energúmeno español” y lo acusó de faltar a la verdad. Ortega afirmó que no quería responderle, pero lo había hecho por la multitud de cartas recibidas instándolo a la protesta³⁰. Esto supone un buen reflejo del importante papel que algunos intelectuales tenían en la sociedad, pues no era raro que se les presionase para que participasen en debates que alcanzaban una cierta trascendencia³¹. Además, resulta interesante la enorme repercusión de dos opiniones concretas vertidas en un periódico, capaces de generar un debate del que participó buena parte de la prensa española.

²⁶ AZORÍN: “Colección de farsantes”, *ABC*, 12-IX-1909, p. 13.

²⁷ UNAMUNO, Miguel de: “De Unamuno”, *ABC*, 15-IX-1909, p. 10.

²⁸ MAEZTU, Ramiro de: “Los papanatas”, *La Correspondencia de España*, 26-IX-1909, p. 4.

²⁹ BACHOU, André: op. cit., p. 358.

³⁰ ORTEGA Y GASSET, José: “Unamuno y Europa, fábula”, *El Imparcial*, 29-IX-1909, p. 3.

³¹ Por supuesto, no eran igual de valorados en todos los sectores. El periódico católico *La Lectura Dominical* se pronunció en este debate con un “Por aquí ha parecido muy bien su simpática y española carta a Azorín. Sólo unos cuantos de estos pedantes que se llaman intelectuales, y los intonsos progresistas que se quedan boquiabiertos ante las cuentas de vidrio que vienen de París, porque esto les parece muy europeo”. “Sección de polémica”, *La Lectura Dominical*, 2-X-1909, p. 632.

Aunque nos hemos centrado en la prensa, pues fue el principal catalizador de las opiniones vertidas entonces y el medio fundamental del debate público, los mejores y más completos acercamientos de intelectuales a la realidad marroquí los encontramos en obras de autores como Eugenio Noel (*Notas de un voluntario*, 1910)³², que escribió realistas reportajes con bastante crítica social por los que fue encarcelado, acusado de atentar contra el honor del Ejército³³; o Ciges Aparicio (*Entre la paz y la guerra*, 1912)³⁴, relatos publicados primero en *El Socialista* y luego reunidos en un volumen, también muy fieles a la realidad, con una dura crítica de la ineficacia española en Marruecos y los sufrimientos aparejados a la guerra, siendo un buen modelo de las ideas abandonistas³⁵. Estos autores son los primeros ejemplos de un tipo de literatura que llevaba aparejada una crítica de fondo al sistema, al Ejército en su conjunto o a las ideas colonialistas fomentadas desde el poder, que se consolidó después de 1921. Son, además, dos obras que proceden de artículos periodísticos, por lo que reunían el impacto inmediato de su aparición en la prensa y el más sostenido de convertirse en libros. *Notas de un voluntario* se publicó gracias a una suscripción popular, que tenía por objeto ayudar económicamente al autor y dar a conocer su obra, lo que demuestra el interés por sus escritos y que se había convertido en un símbolo contra la censura y la represión del Gobierno. André Bachoud considera que tanto Ciges como Noel tenían en su momento más influencia por sus escritos de la que, en general, la historia de la literatura les ha concedido³⁶. Es por ello que se les suele prestar una atención secundaria a la hora de hablar del papel de los intelectuales respecto a la fase inicial de la Guerra del Rif.

Aunque varios de los autores señalados se mostraron claramente antibelicistas, ello no supone que fueran también anticolonialistas, pensamiento que por lo general no aparece o, si lo hace, es muy difuso. Se criticó la campaña de Marruecos por los graves perjuicios que suponía para los españoles que eran llamados a luchar contra su voluntad o el alto coste para la hacienda pública de sostener la guerra, pero apenas encontramos una crítica de fondo al colonialismo en sí. Sin ir más lejos, los territorios colonizados

³² NOEL, Eugenio, (1910): *Notas de un voluntario*, Madrid, Imprenta de Primitivo Fernández.

³³ El relato que le causó problemas se titulaba “Cómo viven un marqués y un duque en campaña”, y por él estuvo encarcelado durante más de un año, cumpliendo la sentencia de uno de los múltiples procesos militares abiertos contra él: MARTÍNEZ SALAZAR, Ángel, op. cit., p. 118.

³⁴ CIGES APARICIO, Manuel, (1912): *Entre la paz y la guerra*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1912.

³⁵ LÓPEZ BARRANCO, Juan José, (2003): *La guerra de Marruecos en la narrativa española (1859-1927)*, Universidad Complutense de Madrid, p. 221.

³⁶ BACHOUD, André: op. cit., p. 339.

por España en el golfo de Guinea no generaron mayor debate, pues al permanecer generalmente en paz la atención que se les prestó fue mínima.

4. UNA GUERRA QUE NO TERMINA Y UN DESASTRE QUE LO CAMBIA TODO

En la década de 1910 la “cuestión marroquí” se mantuvo de actualidad por el establecimiento del Protectorado en 1912 y el estado de guerra casi constante entre el Ejército español y las cabilas de su área de influencia. No obstante, al convertirse en un elemento estructural dejó de ser novedoso, lo que redujo la atención prestada al conflicto. Un buen ejemplo nos lo da la Guerra del Kert de 1911, con mayores avances territoriales y cifras de muertos y heridos similares a las de la campaña de 1909³⁷, pero cuya trascendencia en la España de entonces y en la memoria posterior fue muchísimo más reducida. Por ello, no debe extrañar que los intelectuales se aproximasen al tema más esporádicamente que en 1909. Joaquín Costa había fallecido en 1911 y Benito Pérez Galdós estaba mucho menos activos en estos años. Escritores como Pío Baroja, Azorín, Benavente o Unamuno sí seguían muy activos, pero sus valoraciones sobre la guerra en Marruecos fueron ocasionales, caracterizadas además por posiciones ambiguas, que en ningún caso suponían una clara crítica al Protectorado³⁸. Incluso Ramiro de Maeztu, aunque todavía mantenía una postura contraria a las campañas en África, matizaba su pensamiento al entender que España estaba en Marruecos haciendo un sacrificio obligada por los avances franceses y para favorecer el equilibrio en Europa³⁹.

Mucha más atención mereció la Gran Guerra desde 1914, alineándose la mayor parte de la intelectualidad española con los Aliados. Fue el caso por ejemplo de Unamuno, Pérez Galdós, Azorín, Manuel Machado o Pérez de Ayala. Más excepcionales fueron los germanófilos, entre los que podemos señalar a Pío Baroja o Jacinto Benavente. En general, la contienda europea fue vista como una lucha entre la democracia y la

³⁷ Según Marín Ferrer en la Guerra del Kert hubo 498 muertos y 1.587 heridos: MARÍN FERRER, Emilio, (2012): *Atlas ilustrado de las guerras de Marruecos (1859-1926)*, Madrid, Susaeta, p. 99. Mientras que María Rosa de Madariaga situó en 358 muertos y 2.235 bajas los de la Guerra del Barranco del Lobo: MADARIAGA, María Rosa de (2011): “La guerra de Melilla o del Barranco del Lobo”. En: Eloy Martín Corrales (ed.): *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Barcelona, Bellaterra, p. 112.

³⁸ La excepción es Jacinto Benavente, que sí se mostró decididamente a favor del Protectorado. BACHOUD, André, op. cit., p. 352.

³⁹ MAEZTU, Ramiro de: “La Guinea y Fernando Poo”, en *Heraldo de Madrid*, 3-IX-1911, p. 1.

autocracia, por lo que la victoria de la primera reforzó en España las posturas favorables a un verdadero sistema parlamentario y un rey con menos atribuciones. El despido de García Prieto y la llamada a Eduardo Dato para formar Gobierno en 1917, decisiones ambas de Alfonso XIII, contribuyeron a incrementar una oposición de los intelectuales a la monarquía que cada vez era mayor⁴⁰. No obstante, la política represiva del régimen actuó enérgicamente contra las opiniones que iban demasiado lejos, como demostró la famosa condena a Unamuno en 1920. Por la publicación de dos artículos en los que se consideró que había delito de lesa majestad, por injurias al monarca, fue condenado a 16 años. El revuelo que causó la condena fue mayúsculo, especialmente entre la izquierda, aunque era creencia generalizada que no se cumpliría, como así fue⁴¹.

Desde julio de 1921 todo cambió. La Comandancia de Melilla, el sector oriental del Protectorado español en Marruecos, cayó en pocos días como un castillo de naipes ante el empuje de las cabilas rifeñas unidas bajo la autoridad de Abd-el-Krim. La muerte de cerca de 10.000 españoles, el casi medio millar de prisioneros o la constatación de la tragedia a través de fotografías y crónicas que no tenían precedentes removieron la sociedad española hasta sus cimientos. Aunque algunos abogaban por la venganza y por continuar la guerra, el clamor por el abandono y por depurar las responsabilidades cobró una vitalidad desconocida, generando una gran inestabilidad en un régimen político que no iba a saber superar la tragedia.

Así pues, el desastre de Annual acabó con la mayor parte de las posiciones ambiguas. Intelectuales que en los años anteriores no había rechazado frontalmente la ocupación de Marruecos, mostraron después de 1921 una firme oposición. Fue el caso de Miguel de Unamuno⁴², quien consideraba que había que volcar todos los esfuerzos en la cuestión interna, siendo especialmente importante la sumisión al poder civil de poderes que también querían ser soberanos, como el Rey o las Juntas militares, temiendo la posibilidad de una solución militar que pusiera fin a la democracia. Consideraba que el problema de Marruecos solo se podía resolver a través de la conquista, que rechazaba, o

⁴⁰ Vid. JULIÁ, Santos (2003): "Los intelectuales y el rey". En: Javier Moreno Luzon (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Marcial Pons, Madrid, p. 315.

⁴¹ SOLDEVILLA, Fernando (1921): *El Año político, Año XXVI, 1920*, Imprenta de Ricardo F. de Rojas, Madrid, 1921, p. 215. En *La Correspondencia Militar*, que afirmaba que Unamuno había publicado los artículos por vanidad, para que se hablase de él y sabiendo que no sería condenado, o si lo fuera la sentencia no se ejecutaría, algo que desde este periódico veían claro: "Bueno, que lo indulten", en *La Correspondencia Militar*, 17-IX-1920, p. 1.

⁴² Para el pensamiento de Unamuno respecto a Marruecos vid. GAJATE BAJO, María (2012): *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927)*, Madrid, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED, p. 405.

de la independencia, que era lo lógico. La tercera vía, el protectorado, le parecía simplemente absurda⁴³. Por tanto, Unamuno asimiló las ideas abandonistas respecto a Marruecos a las democráticas, constatando la circunstancia de que los más firmes defensores de la conquista habían sido germanófilos durante la conflagración europea⁴⁴. Además, insistió con vehemencia en el tema de las responsabilidades, considerando que el desastre era mucho peor que el de Cuba y no se podía pasar página sin encontrar culpables. Afirmaba que la única razón para ir Marruecos había sido el afán conquistador, y no el tan publicitado “Protectorado civil”⁴⁵. En la cima de las responsabilidades veía la figura de Alfonso XIII, sabiendo además que la cuestión marroquí se había convertido en una de las armas más eficaces contra un monarca cuyo prestigio había quedado muy dañado. Otras figuras relevantes como Vicente Blasco Ibáñez, Indalecio Prieto o Julián Besteiro también destacaron por sus acusaciones contra el rey, con referencias tan directas como la del mismo Besteiro en el Congreso de los Diputados: “España no es la que ha ido a Marruecos, a Marruecos ha ido la Monarquía española, ha ido el Rey, nosotros no”, afirmación que generó airadas protestas entre los diputados dinásticos⁴⁶.

Si Unamuno fue el máximo exponente de la oposición de la intelectualidad a la Guerra de Marruecos desde 1921, en el polo opuesto se situó Ramiro de Maeztu, que de posiciones claramente antibelicistas había ido evolucionando hasta convertirse en uno de los más acérrimos defensores de la ocupación de los territorios asignados a España. Para Maeztu, aunque la campaña hubiese sido muy costosa, se hacía en defensa de la civilización occidental, lo que la hacía completamente justa. En el primer número de la *Revista de Tropas Coloniales* resumió perfectamente su nuevo pensamiento al respecto:

“La guerra de África es una guerra colonial, es decir, civilizadora de un pueblo atrasado y para todo hombre de sentido histórico no habrá guerras más justificadas que las coloniales, pues merced a ellas ha sido posible llevar los bienes de nuestra civilización por toda la faz de la tierra”⁴⁷

⁴³ URRUTIA, Manuel María (1997): *Evolución del pensamiento político de Unamuno*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1997, p. 217.

⁴⁴ Cit. en URRUTIA, Manuel María: op. cit., p. 216.

⁴⁵ “Habla Unamuno”, *El Sol*, 20-III-1923, p. 1.

⁴⁶ Cit. en BLAS ZABALETA, Patricio y BLAS MARTÍN-MERÁS, Eva, (2002) *Julián Besteiro: Nadar contra corriente*, Madrid, Algaba, p. 197.

⁴⁷ MAEZTU, Ramiro de (1924): “Con el Ejército”, *Revista de Tropas Coloniales*, 1-I-1924, pp. 4-5.

A pesar del desastre de Annual, Maeztu consideraba que España no podía abandonar Marruecos, tanto por respeto hacia los acuerdos internacionales como por el propio orgullo del país, que tenía que responder al desafío de los rifeños. Además de la necesidad de civilizar Marruecos, Maeztu veía en las campañas un elemento favorable para la regeneración de España. Así, se mostró muy complacido por el fin del sistema de la cuota⁴⁸, pues estimaba que enriquecería al Ejército y al país, destacando lo positivo de la primera guerra española “en que los hijos de los ricos están peleando, como soldados, junto a los hijos de los pobres⁴⁹”.

Pocos intelectuales de prestigio se pusieron del lado de Maeztu. La mayor parte defendieron el fin de la guerra y el abandono del protectorado. Incluso algunos de los que en otras etapas se habían mostrado más belicosos, como Jacinto Benavente, no escribieron ensalzando la guerra como lo habían hecho en 1909. La postura mayoritaria entre la intelectualidad fue la de la oposición a la guerra, pero la catástrofe, pese a su magnitud, no llevó a una revisión de valores históricos y de creencias crónicas como la que había tenido lugar en 1898, aunque sí contribuyó a un cambio en la política española que a raíz de la derrota en Cuba no se había producido⁵⁰.

Otro referente intelectual de la época, José Ortega y Gasset, también se aproximó a la cuestión marroquí, aunque lo hizo de forma bastante indirecta, sin prestarle la atención de otros autores. Demostró un cierto interés por civilizar Marruecos y por tener unas relaciones pacíficas centradas en el comercio y la colaboración, pero rechazando la ocupación o la guerra, al tiempo que criticó la ignorancia que en España había sobre el “problema marroquí”⁵¹. También reflexionó sobre los cambios que habían supuesto para el Ejército las guerras de Marruecos, pues había vuelto a tomar conciencia de grupo, aunque ello lo alejó del resto de clases sociales. En su famosa obra *España invertebrada*

⁴⁸ Aunque ya no se podía eludir el servicio militar por medio de la redención en metálico, a través del pago de una cuota era posible elegir destino y reducir la duración del servicio, lo que en la práctica permitía a los miembros de familias ricas eludir el temido destino que era Marruecos. Después del Desastre se puso fin a este sistema.

⁴⁹ MAEZTU, Ramiro de: “Los soldados de cuota en África”, *El Sol*, 13-X-1921, p. 1.

⁵⁰ El periodista y escritor Alberto Insúa se cuestionaba en 1921 la posible utilidad de una revisión como aquella, recordando que la generación del 98 había sido absorbida por el ambiente, y que los que gobernaban seguían siendo los mismos que cuando la Guerra de Cuba, porque además la generación del 98 solo había dado escritores, no políticos: INSÚA, Alberto: “España coloniza mal”, *La Correspondencia de España*, 2-XI-1921, p. 1.

⁵¹ Cit. en LÓPEZ GARCÍA, Bernabé (2004): “La ciencia como instrumento de la acción colonial en Marruecos. Contextos y polémicas”. En: Helena de Felipe, Leoncio López Oscón y Manuela Marín (eds.), op. cit., CSIC, Madrid, p. 21.

Ortega afirmó que “Marruecos hizo del alma dispersa de nuestro ejército un puño cerrado, moralmente dispuesto al ataque”⁵².

Pese a la fama y prestigio de los autores señalados, vuelve a ser alejándonos de los escritores más famosos donde encontramos los análisis más lucidos y que demostraron un mayor conocimiento de la realidad tratada. Entre ellos podemos referirnos al gallego Xosé Ramón e Fernández Oxea, que bajo el seudónimo de Ben-Cho-Shey publicó una serie de crónicas en el diario ourensano *La Zarpa*, reproducidas en periódicos nacionales como *El Socialista*. Ben-Cho-Shey no vivió de primera mano el desastre, pero fue movilizado justo después y participó en la recuperación de las posiciones perdidas, por lo que fue testigo de las consecuencias de la debacle militar, que recogió con mordiente ironía y hábil estilo, pero también con un marcado realismo, contrapuesto a las típicas magnificaciones de los episodios bélicos que con frecuencia se publicaban en los periódicos, a las que criticó duramente. También era muy crítico con el Gobierno y con la oficialidad asentada en Melilla, que solo de vez en cuando salía de la plaza a hacer fotos con las que poder contar su hazaña peligrosa⁵³, así como con las múltiples muestras de incompetencia de las que pudo dar fe. Fernández Oxea se oponía frontalmente a la guerra, por el daño para España y para los propios marroquíes, cuya independencia defendía, por lo que al habitual antibelicismo de su tiempo añadía un anticolonialismo que estaba mucho menos generalizado⁵⁴.

Otro caso interesante, que nos recuerda a los de Eugenio Noel o Ciges Aparicio una década antes, es el de Ernesto Giménez Caballero, autor en 1923 de *Notas marruecas de un soldado*. Un relato desmitificador de la guerra y una intensa crítica contra la clase militar y política, a las que acusaba sin ambages de las nefastas consecuencias del conflicto. La obra era arriesgada por lo directo de su mensaje, hasta el punto de que la censura la retiró poco después de su publicación, especialmente por el manifiesto final, una llamada a los jóvenes excombatientes que volvían de Marruecos para que intervinieran en la “depuración de responsabilidades de aquella guerra injusta”⁵⁵. La imprenta familiar había hecho una tirada de 500 ejemplares, que se agotaron en dos

⁵² ORTEGA Y GASSET, J. (1972): *España invertebrada*, Espasa-Calpe, Madrid, (original de 1921), p. 75.

⁵³ BEN-CHO-SHEY (Xosé Ramón e Fernández Oxea) (2005): *Crónicas de Marruecos*, Barcelona, Ronsel, p. 58.

⁵⁴ A ello sin duda contribuyó su nacionalismo gallego, que como él mismo reconoció le permitía entender muy bien el deseo de independencia del *moro*. Vid. BEN-CHO-SHEY: op. cit., p. 34.

⁵⁵ GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto (1983): *Notas marruecas de un soldado*, Barcelona, Planeta, (original de 1923), pp. 186-188.

semanas, con un impacto inmediato entre algunos grupos de intelectuales. Mientras el Gobierno emprendía acciones contra el autor, destacadas figuras de ideologías muy diferentes se interesaron por su atrevido enfoque. Desde posiciones de izquierda gustó su carácter crítico, como demostró el hecho de que Indalecio Prieto la publicase por entregas en su periódico *El Liberal*, de Bilbao. También Luis de Oteyza publicó varios capítulos en *La Libertad*, amplificando el impacto de la obra. Del mismo modo, gustó a intelectuales más conservadores y que incluso evolucionarían a posiciones próximas al fascismo, como Ramiro de Maeztu, José María Salaverría o Eugenio D'Ors, muy cercanos a ese anhelo regeneracionista mostrado en *Notas marruecas de un soldado*. Algunos de estos autores veían en el Ejército un elemento desde el que podía surgir esa regeneración nacional, pero en ello no coincidía un Giménez Caballero que veía la oficialidad como un grupo corrupto e interesado que solo quería el conflicto para enriquecerse y ascender⁵⁶.

5. LA DICTADURA DE PRIMO Y EL PRINCIPIO DEL FIN DE LA RESTAURACIÓN

El golpe de Estado de Primo de Rivera en septiembre de 1923, inicio de una dictadura de siete años, fue en buena medida consecuencia del Desastre de Annual. El descontento de los militares por cómo se estaba procediendo con el tema de las responsabilidades era manifiesto, y el buscar una solución “pronta, digna y sensata” al problema de Marruecos fue una prioridad del dictador desde su manifiesto inicial. Pese a su condición de solución autocrática, el descrédito del régimen anterior y su clase política hicieron que el rechazo inicial a la dictadura fuese bastante limitada. Muchos vieron en Primo de Rivera al “cirujano de hierro”, según la terminología de Joaquín Costa, cuyas ideas de regeneración inspiraron en cierto modo al directorio. De hecho, desde posiciones afines a la dictadura se consideró que el ideario de Costa podía ser perfectamente un programa para gobernar⁵⁷.

Los intelectuales supondrían quizá la mayor oposición a la Dictadura, pues los antiguos partidos políticos habían quedado desestructurados o sufrieron las consecuencias de la censura gubernamental. No obstante, buena parte de la

⁵⁶ VISCARRI, Dionisio (2004): *Nacionalismo autoritario y orientalismo: La narrativa prefascista de la guerra de Marruecos (1921-1927)*, Bolonia, Il Capitello del Sole, p. 181.

⁵⁷ “El ideario de Joaquín Costa puede constituir un programa de gobierno”, *ABC*, 1-VIII-1909, p. 17. También Maeztu defendió esta idea. Vid. MAEZTU, Ramiro de: “Diretes”, *El Sol*, 13-X-1923, p. 1.

intelectualidad no se mostró contrariada con el cambio, especialmente en su fase inicial y por lo atractiva que suponía la liquidación de la vieja política⁵⁸. Incluso hubo respetados escritores que se alinearon directamente con el nuevo régimen, como Ramiro de Maeztu, entusiasmado ante los golpes asestados a la “hidra caciquil” y las oportunidades que se abrían de regeneración de la patria⁵⁹. Sobre la guerra en Marruecos, Maeztu se mantuvo como uno de los más firmes defensores, considerándola justa porque su causa era la de la civilización occidental, y atacando directamente a los que la criticaban, como Unamuno, por haber comparado la justicia de la causa marroquí con la de los españoles en la Guerra de la Independencia⁶⁰.

El caso de Miguel de Unamuno es bastante revelador del desprecio de la Dictadura por los intelectuales, pues fue destituido del rectorado de la Universidad de Salamanca y desterrado a la isla de Fuerteventura, coincidiendo con el cierre del Ateneo de Madrid y el destierro de otros escritores como Rodrigo Soriano o Luis Jiménez de Asúa. Unamuno marchará luego a Francia, desde donde llevará a cabo una incansable campaña contra Alfonso XIII y contra el directorio militar. En sus textos de esa etapa, la campaña de Marruecos es un tema secundario, usado fundamentalmente por su peso para desacreditar al monarca⁶¹. Algo similar sucede con Vicente Blasco Ibáñez, que escribió en 1924 el folleto *Alfonso XIII desenmascarado*, una de las más famosas e influyentes diatribas contra el rey. En él, se apuntaba claramente al rey como instigador del conflicto marroquí, “la [guerra] más incomprensible y absurda que se conoce en la historia”⁶². La campaña de Blasco Ibáñez, que quería destruir la imagen internacional de Alfonso XIII, lo consiguió en buena medida en el exterior, pero no en España, donde la censura apenas lo permitió⁶³.

⁵⁸ A Ortega y Gasset, por ejemplo, le parecía excelente el propósito de acabar con la vieja política, aunque tenía reparos a hacerlo por la vía militar, por las consecuencias negativas que ello podía tener para España. Vid. ORTEGA Y GASSET, José: “Sobre la vieja política”, *El Sol*, 27-XI-1923, p. 1.

⁵⁹ Para Víctor Ouimette Maeztu fue “el más destacado de los pocos intelectuales que apoyaron activamente al régimen. Vid. OUIMETTE, Víctor, op. cit., p. 310.

⁶⁰ Para Maeztu, no se podía comparar una guerra entre pueblos civilizados y cristianos, con otra en la que uno de los bandos representaba la barbarie. Vid. MAEZTU, Ramiro de (1924): “Con el Ejército”, *Revista de Tropas Coloniales*, 1-I-1924, pp. 4-5.

⁶¹ Por ejemplo, Unamuno criticó duramente el discurso de Alfonso XIII ante el papa Pío XI en Roma en 1924, “discurso que por sí solo le incapacita para regir a un pueblo libre”, entre otros aspectos por referirse a la guerra de Marruecos como una cruzada. OUIMETTE, Víctor: op. cit., p. 114.

⁶² Según Morgan C. Hall, en respuesta a este texto se produjo la mayor manifestación monárquica de la Restauración, con 60.000 personas afluyendo a Madrid de provincias el 23 de enero de 1925. Vid. HALL, Morgan C. (2003): “El Rey imaginado”. En: Javier Moreno Luzón (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Marcial Pons, Madrid, p. 79.

⁶³ NIÑO, A. (2003): “El rey embajador. Alfonso XIII en la política internacional”. En: Javier Moreno Luzón (ed.), op. cit., p. 269.

Siguiendo la estela de Eugenio Noel, Ciges Aparicio o Giménez Caballero, entre los intelectuales que analizaron el “problema de Marruecos” desde dentro y a través de escritos que podemos considerar como literatura social, en esta última etapa destaca especialmente José Díaz Fernández, por su obra *El Blocao* (1927), un relato trágico centrado en el sufrimiento, la soledad y demás males que caracterizan el drama de los soldados y de la guerra. La novela, muy reconocida y estudiada por su calidad literaria e innovaciones formales, suponía una fuerte crítica al Ejército y la sociedad, algo muy en consonancia con las ideas de su autor, que había sido detenido varias veces por la Dictadura por su oposición a la misma. Si bien el joven Díaz Fernández no era entonces un autor influyente, su obra fue un éxito, viendo una segunda edición a los tres meses y una tercera en 1930⁶⁴.

En general, durante la Dictadura de Primo de Rivera encontramos muchas menos alusiones de los intelectuales a las campañas de Marruecos que en momentos como 1909 o 1921, y ello a pesar de episodios capitales como la costosísima retirada de Xauen o el desembarco de Alhucemas. No obstante, la censura y el miedo a la represión de la dictadura redujeron la contestación dentro del país, mientras que por otro lado la propia evolución de las campañas supuso un cambio muy notable: primero, porque el abandono parcial de 1924 no podía desagradar a los que pedían que España abandonase Marruecos; segundo, porque la operación de Alhucemas iba a suponer el fin de la resistencia de Abd-el-Krim y la tan ansiada pacificación del Protectorado; y tercero, porque los dos episodios anteriores fueron convenientemente adornados por la maquinaria propagandística del régimen para hacerlos mucho más exitosos de lo que en realidad eran, favoreciendo una conciencia de que la respuesta del Directorio al “problema marroquí” había sido correcta y muy eficaz. De este modo, no resulta raro que fuesen cuestiones de política interior las que dominasen el debate público en los años de la Dictadura.

6. CONCLUSIONES

La larga Guerra del Rif fue un conflicto de tal trascendencia para la España del primer tercio del siglo XX que marcó su misma evolución política. Ante esta importancia, los intelectuales, que eran al mismo tiempo guías de la opinión pública y

⁶⁴ LÓPEZ BARRANCO, Juan José (2006): *El Rif en armas. La narrativa española sobre la guerra de Marruecos (1859-2005)*, Madrid, Mare Nostrum, p. 160.

reflejo de ella, se posicionaron con frecuencia respecto de la misma, vertiendo sus valoraciones sobre todo a través de la prensa, medio de comunicación de gran vitalidad y catalizador principal de la opinión pública.

Desde mediados del XIX fue apareciendo en España un mayor interés por Marruecos, de la mano del objetivo de estrechar vínculos, bien a través del comercio y la cooperación, bien a través de la colonización. No obstante, se demostró que, fuera de las etapas de crisis, fue muy difícil captar la atención de la opinión pública al respecto. Fue por eso que antes de 1909 el tema ocupó un lugar bastante secundario entre las principales preocupaciones del país. Desde entonces, y una vez iniciado un proceso caracterizado por un estado de guerra casi constante, la sociedad se dividió entre el apoyo a las contiendas y la colonización y la oposición a las mismas por el daño que hacían al país. Los intelectuales participaron de esta división a través de sus posiciones que, como hemos visto, se contrapusieron muchas veces. Por supuesto, no todo era blanco o negro, y fue habitual moverse por perspectivas ambiguas, como en el caso de Benito Pérez Galdós, un vehemente antibelicista, que por su nacionalismo español no ocultaba su deseo por una victoriosa resolución de las campañas.

Aunque entre 1909 y 1927 Marruecos ocupaba casi a diario un hueco en los periódicos por la constante actividad del Ejército español, fue sobre todo en los momentos de crisis, como 1909 o 1921, cuando la “cuestión marroquí” se convirtió en tema central. Es por eso que la mayor parte de los escritos de intelectuales se concentran también en estos momentos. Por otro lado, resulta significativo que muchos de los escritores cuya opinión sobre el problema de Marruecos tuvo mayor repercusión en la sociedad española, como Unamuno, Maeztu, Ortega y Gasset o Jacinto Benavente, tenían un conocimiento indirecto y bastante limitado de la realidad marroquí, por lo que sus análisis se pueden considerar más como simples opiniones que como el trabajo de expertos. Es por ello que fueron los Noel, Ciges Aparicio, Giménez Caballero o Díaz Fernández los que a través de sus obras nos han dejado los mejores y más lucidos análisis de las campañas de Marruecos, con especial atención a su problemática social y a sus consecuencias para aquellos que tuvieron que sufrirlas directamente.